

de Agrópoli y al doctor Lopez, daba tentacion á los hombres malignos para seguir mortificándole con escritos satíricos, que se multiplicaban hasta un grado que solo puede concebirse registrando en los archivos y bibliotecas los infinitos que todavía se conservan, y existen.

La paz de Nimega (1678), que al fin se recibió con júbilo en la corte de España, siquiera porque, agotados todos los recursos, era ya imposible continuar la guerra sin perderlo todo, afirmó á don Juan en el favor del soberano, impuso silencio por algun tiempo á sus énemigos, y le inspiró un pensamiento que él creyó seria el que le consolidaria en el favor y en el poder, sin calcular que un medio semejante habia ocasionado la ruina de otros privados. Toda la nacion deseaba ya que el rey contrajera matrimonio, para ver de asegurar la sucesion al trono. Sabia don Juan que la reina madre le tenia destinada la archiduquesa de Austria, hija del emperador, y que estaban ya convenidos y hasta firmados los artículos del contrato. Interés del ministro era contrariar el enlace con una princesa de la misma casa y pariente de la reina. Erále, pues, preciso trastornar aquel plan, persuadiendo al rey que la razon de estado y la nueva marcha que despues de la paz habia de llevar la política hacian necesario dar otro giro á este negocio. Propúsole primeramente la princesa heredera de Portugal, jóven, robusta y hermosa, y conveniente ade-

mas como medio de unir otra vez aquella corona á la de Castilla. Pero sobre estar ya aquella princesa prometida al duque de Saboya, el suceso de la emancipacion de Portugal estaba demasiado reciente para que los portugueses no rechazaran todo lo que tendiera á llevarlos á un monarca castellano. Fué, pues, inútil toda gestion en este sentido, y entonces don Juan, aprovechando la buena ocasion que le ofrecia la paz con Francia, y como medio para hacerla mas sólida, propuso á Carlos como el enlace mas ventajoso el de la hija primogénita del duque de Orleans, hermano único de Luis XIV.

Tenia este plan la ventaja de agradar á la nacion y de gustar mas que otro alguno al rey. Al pueblo, porque recordando con placer á la reina Maria Isabel de Francia, esposa de Felipe IV., y las virtudes que le habian grangeado la estimacion pública de los españoles, le halagaba tener otra reina de la misma familia. A Carlos, porque habia visto su retrato y se habia enamorado de su hermosura; era casi de su misma edad, y todos los españoles que habian estado en París encarecian su amabilidad, su fina educacion, y las bellas dotes de su espíritu. Solo no se comprendia el empeño de don Juan de Austria en casar al rey, puesto que cualquiera que fuese la reina, la legítima y natural influencia de esposa habia de disminuir, dado que no le fuese del todo contraria, la del favorito, y tal vez acabarla, como de ello se ha-

bian visto ejemplares en tiempos no muy apartados. Discurriase por lo tanto sobre el extraño interés que mostraba en poner al rey en el caso de tener sucesion el mismo de quien se murmuraba que en la falta de ella cifrada sus aspiraciones al trono; y habia quien llevaba su suspicacia y malignidad hasta el punto de suponer que con este matrimonio se proponia don Juan de Austria acabar de destruir mas pronto la complecion ya harto débil del rey, y allanar por este medio el camino del sòlio. La malicia de los cortesanos hacia estos y otros semejantes discursos, que por lo menos demuestran el ódio que los animaba hácia el valido y el apasionado afan con que trabajaban por labrar su descrédito.

A pedir la mano de la princesa fué enviado á París, el marqués de los Balbases, uno de los plenipotenciarios españoles en el congreso de Nimega. La proposicion fué muy bien recibida, asi por el padre de la princesa como por el rey cristianísimo, su tio. Con cuya noticia procedió don Juan de Austria á proveer los oficios y empleos del cuarto de la futura reina, cuidando de poner en ellos las personas de su mayor devocion para hacerse lugar por medio de ellas en la gracia de la esposa de su rey (enero, 1679). Hizo venir de Salamanca al dominicano Fr. Francisco Reluz para confesor de S. M. bajo la fianza que le dió el duque de Alba de que se conformaria en todo á su voluntad. Para distraer á Cárlos de la jornada de

Aranjuez, por temor de que cayera en la tentacion de llamar á la reina madre ó de ir á verla, entreteniale con diversiones de toros, cañas y comedias, y con cacerías en los bosques de la Zarzuela y del Pardo. Pero tampoco se deseuidaban la madre y sus parciales, que iban siendo mas cada dia, al paso que habian ido disminuyendo los de don Juan, en negociar la vuelta de aquella señora á la córte; y tal vez lo habrian logrado pronto, si el marqués de Villars, embajador de Francia, que vino á Madrid (17 de junio, 1679), á tratar de la conclusion del matrimonio, y hombre poco afecto al ministro favorito, no hubiera manifestado repugnancia á entrar en aquella intriga, y propuesto que se difiriera hasta la venida de la reina, no dudando que entonces seria mas cierta y segura la caida del privado (1).

Asi pensaban todos los hombres que discurrían con menos pasion, y era sin duda el partido mas sensato. Mas iban siendo ya tantos los enemigos de don Juan, y tantos los que habiéndosele mostrado antes devotos le abandonaban, que hasta aquel mismo confesor que de Salamanca trajo ex-profeso, le volvió las espaldas ategando que nada habia hecho por él de lo que le habia prometido; razon singular, que revela-

(1) Gacetas del año 1679. En ellas hay varias cartas de París en que se hace relacion «de la magnífica y pomposa entrada del Excelentísimo señor marqués de los Balbases, embajador extraordinario del Rey. Ntro. Sr.» y en que se dan noticias de lo que iba ocurriendo en órden al casamiento.

ba las miras mundanas del buen religioso llamado á dirigir la conciencia real. Vió que por su mediacion se alzó el destierro al príncipe de Stigliano. El duque de Osuna, á quien quiso el ministro alejar mas de la córte, también obtuvo su regreso por intercesion del de Medinaceli. Y como pidiesen ~~el~~ rey por los demas desterrados, y le manifestasen la oposicion que á ello hacía el ministro, contestó Cárlos con desacostumbrada entereza: «*Importa poco que don Juan se oponga; lo quiero yo y basta.*» Palabras que llenaron al favorito de amargura, y le hicieron comprender que el favor se le escapaba, que se nublaba á toda prisa la estrella de su valimiento, con síntomas de acabar de oscurecerse, lo cual le infundió una melancolía profunda, que se agravó con una fiebre terciana que le sobrevino.

El 21 de julio (1679) llegó á Madrid un extraordinario despachado por el de los Balbases, con la noticia de haberse ajustado el casamiento de S. M. con la princesa María Luisa de Orleans y firmadas las capitulaciones, cosa que se celebró en la córte con gran regocijo y se solemnizó con tres dias de luminarias y fiestas públicas ⁽¹⁾. Y el 30 salió de Madrid el duque

(1) Gaceta del 25 de julio.—En la misma Gaceta se decía: «S. A. (don Juan de Austria) despues de la quarta sangría se halla, á Dios gracias, mejorado de las tercianas, no habiéndole repetido la accesion desde el miércoles

pasado.»—Capitulaciones matrimoniales entre Cárlos II. y doña María Luisa de Orleans, otorgadas en Fontenbleau: MS. de la Real Academia de la Historia. C. 27.

de Pastrana nombrado embajador extraordinario cerca del rey de Francia, para que llevára la joya, que entonces se decía, á la reina. Hízosele en París un recibimiento ostentoso, y los desposorios se celebraron con toda magnificencia (31 de agosto) en Fontenbleau con el príncipe de Conti, en quien se substituyó el poder dado por S. M.; noticia que se celebró en Madrid con mascaradas y otros espectáculos ⁽¹⁾.

No alcanzó á ver don Juan de Austria la venida de la reina: acabósele la vida antes que llegára la esposa de su rey: habiánsele hecho dobles las tercianas; los médicos no le curaban el mal de espíritu que se le habia apoderado; Cárlos le visitó con frecuencia durante su enfermedad, manifestándole el mas vivo interés por su salud; él nombró al rey heredero de sus bienes, y legó á las dos reinas sus piedras preciosas, y el 17 de setiembre, á los cincuenta años de su edad, pasó á mejor vida, causando general admiracion la resignacion cristiana que mostró en sus últimos momentos ⁽²⁾. Asi murió, ni bien conservando la privanza, ni bien caido de ella, el hijo bastardo de Felipe IV. y de María Calderon, á quien los estrange-

(1) Relacion de la ostentosa entrada en Francia del duque de Pastrana, portador del presente de Cárlos II. á su esposa María Luisa de Borbon: impresa en dos folios.—Relacion del desposorio de Cárlos II. etc. id. Archivo de Salazar, Est. 7. grad. 2. n. 65.—Gaceta del 12 de setiem-

bre, 1679.
(2) Gaceta ordinaria de Madrid de 19 de setiembre de 1679.—Dejó don Juan una hija muy hermosa que habia tenido de una persona de distincion, la cual tomó el hábito de religiosa en las Descalzas Reales.

ros representan como el último hombre grande de la dinastía de Austria en España, y de cuya nobleza de alma, ingenio, talento, virtudes y experiencia en el arte de gobernar hacen los mismos elogios que hizo el papel oficial del gobierno al anunciar su muerte. Pero este juicio está en completo acuerdo con el que mereció á sus contemporáneos, y dista mucho del que imparcialmente se puede formar de sus acciones y conducta como gobernante. Por que si bien don Juan de Austria habia logrado en ocasiones dadas ganar algunas glorias en las guerras como general, tuvo la desgracia de que en sus manos se perdiera Portugal y la mayor parte de Flandes, y sobre todo perdió la reputacion y el buen concepto en que antes muchos le tenian desde que comenzó á obrar como ministro y á ejercer el poder que tanto habia ambicionado, y que por espacio de tantos años y por tan tortuosos medios habia intentado escalar.

Apenas murió don Juan, el rey, como si hubiera tenido hasta entonces el espíritu y el cuerpo sujetos con ligaduras, sóltolas de repente y se fué á Toledo á ver á doña Mariana su madre. Abrazáronse madre é hijo, llorando tiernamente y conferenciando á solas, y quedó determinada la venida de la reina á la corte. Volvióse Carlos, y á los pocos dias salió otra vez camino de Toledo á recibir á su madre; encontráronse, y subiendo los dos á un mismo coche, hicieron juntos su entrada en el Buen Retiro (28 de setiem-

bre, 1679), donde permaneció la reina hasta que se le preparó la casa del duque de Uceda que escogió para su morada. El pueblo, cuyo odio y cuyas maldiciones habian seguido dos años antes á la madre de Carlos II. en su destierro de la corte, la recibió ahora con alegría y la festejó con entusiasmo. El pueblo, por lo comun inconstante y voluble en sus juicios, pero á quien nada hace mudar tanto de opinion como el verse burlado en las esperanzas que ha concebido de un hombre, olvidó con las faltas de don Juan las que antes habia abominado tanto en la reina madre. Los cortesanos volvieron á rodearla como en los dias de su mayor poder, aun los mismos que antes habian conspirado á su caída, porque todos esperaban que siendo el rey inesperto y joven, la madre recobraría su antiguo ascendiente sobre él, y seria otra vez la distribuidora de las gracias, que calculaban serian muchas estando tan próximas las bodas del hijo. Muchos sin embargo sospechaban que escarmentada con los pasados disgustos se abstendria de tomar parte en la política. Todo eran conjeturas, y todo el mundo estaba en espectacion, pero aquella señora mostraba cierta indiferencia hácia la política, contentándose al parecer con tener y conservar la gracia y el favor de su hijo.

Mas en realidad lo que embargaba la atencion del rey y de la corte eran los preparativos para recibir á la nueva reina María Luisa. Por fortuna hubo

la feliz coincidencia de que arribaran por este tiempo á Cádiz los galeones de América trayendo treinta millones; remesa que llegó tan oportunamente que sin ella en tales circunstancias, y exhausto como se hallaba el tesoro, hubiera sido muy difícil y casi imposible atender á los gastos del viage. A recibir á la reina en la frontera de ambas naciones salieron de Madrid (26 de setiembre) el marqués de Astorga y la duquesa de Terranova, llevando lo que se decia entonces la casa real, que era la servidumbre destinada á la reina, y á los pocos dias lo verificó el duque de Osuna que acababa de llegar de su destierro. Acompañábale el padre Vingtimiglia, teatino siciliano, que escapado de su pais por los alborotos de Messina en que tomó parte, se refugió á España, se introdujo primeramente con don Juan de Austria y despues con el duque de Osuna, y fiado en que hablaba francés y aspirando á ser confesor de la reina, quiso ser el primero á hablarla, y no paró hasta llegar á Bayona. Avisó el marqués de los Balbases la salida de la reina de Fontenelleau y de París, despues de haber sido suntuosamente agasajada en su despedida del rey y de la corte, trayendo en su compañía al duque de Harcourt como embajador extraordinario, á su aya la mariscal de Clerambaut como camarera mayor, y porcion de damas jóvenes y bellas de la primera nobleza de Francia. Hacia su viage en jornadas cortas, y por todos los pueblos del tránsito era festejada con

magnificencia, y recibia las mas cordiales demostraciones de cariño y de respeto. Al llegar á Bayona se le presentó el osado Vingtimiglia, y en su impaciencia de conquistarse su favor, y valiéndose con astucia de la gente de su servidumbre, comenzó por inspirarle sentimiento de desconfianza hácia la reina madre y el embajador francés, la persuadió á que moviera al rey á formar un consejo de Estado, del cual, decia, seria el mejor presidente el duque de Osuna, y por último solicitó del de Harcourt que le presentara una memoria que llevaba escrita, desenvolviendo un plan de gobierno á su manera. Pero en vista de su importunidad y de su mal disimulada ambicion, condenáronle al desprecio, y abochornado el de Osuna de que á la sombra de su proteccion hubiera querido hacer valer proyectos que él ignoraba, le abandonó á su suerte, no queriendo ya admitirle siquiera en su compañía para que no le comprometiera (1).

Esperaba ya á la reina la comitiva española en Irún. Habíase preparado una linda casita de madera

(1) El tal padre Vingtimiglia hubiera ya muerto en un cadalso en Sicilia como uno de los principales revoltosos, si no hubiera acertado á fugarse y venir á España. Aquí se hizo del partido de don Juan de Austria, conspiró con él, le fué á buscar á Zaragoza, y era el alma de la conjuración en aquella ciudad. Muerto don Juan, se arrojó al duque de Osuna, y quiso á su sombra elevarse en alas del favor de la que venia á ser reina de España, de la manera que hemos visto.—Correspondencia del embajador de Dinamarca en Madrid; cartas á su gobierno sobre este asunto, en Mignet, Documentos inéditos sobre la sucesion de España, tom. IV.—MS. del Archivo de Salazar, en su Biblioteca de la Academia de la Historia.

orilla del Bidasoa para que descansára; la entrega se habia de hacer en la ya célebre isla de los Faisanes: llegó allí la reina el 3 de noviembre (1679), y embarcándose en una hermosa falúa que estaba dispuesta, la recibió el marqués de Astorga, á quien se hizo la entrega con la ceremonia y solemnidades de costumbre. Pasaron luego todos á Irún, en cuya iglesia se cantó un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Todopoderoso por su feliz viage. Iguales demostraciones de regocijo que en aquella villa fué recibiendo la reina en todos los pueblos por donde pasaba. El 21 de octubre habia salido de Madrid el rey á encontrar á su real esposa, con gran séquito de señores, caballeros y criados, todos de gran gala, y tras él partieron luego en posta el duque de Pastrana que acababa de llegar, y el primer caballero don José de Silva con un magnífico boato. El estado deplorable de los caminos hizo que la reina no pudiera llegar á Búrgos el dia que se la esperaba, pero la impaciencia de Carlos suplió aquella dilacion, pues sabiendo que el 18 (noviembre) habia tenido que hacer alto en la pequeña aldea de Quintanapalla, distante tres leguas de aquella ciudad, el 19 partió el rey de Búrgos, precedido del patriarca de las Indias, no llevando consigo sino las personas precisas para su asistencia, y cerca de la hora de medio dia se vieron por primera vez en Quintanapalla los augustos novios, saludándose con mútuo cariño y ternura.

Ratificáronse aquel dia las bodas ante el patriarca de las Indias en aquella pobre y miserable aldea, que nunca pudo pensar tener tanta dicha; comieron juntos los régios consortes, y partieron por la tarde en una misma carroza. Hicieron su entrada en Búrgos, donde descansó algunos dias, alternando entre las dulzuras conyugales y los festejos de mascaradas, comedias y otras diversiones con que los obsequiaron (1). Desde Búrgos se dividieron las dos comitivas

(1) Entre las mascaradas hubo una en que los hombres marchaban en parejas figurando en sus trages aves y animales, cada uno con su mote en verso. Como muestra de la depravacion á que habia llegado el mal gusto literario en esta época, sin que por eso faltaran en la córte algunos buenos ingenios, vamos á citar algunos de aquellos motes:

A dos águilas.

Aqueste fiero arcaduz
aunque un águila le aprieta,
lo mismo es que una escopeta.

A dos milanos.

Estas aves de rapiña
con las plumas de milanos,
dicen que son escribanos.

A dos cochinos.

Quitándome de porfias,
por que no digan soy terco,
yo digo que soy un puerco.

A dos ratones.

De ver ratones aquí
no hay que admirar el exceso,
que hace obscuro y huele á queso.

A dos gallos.

Si quieres parecer gallo,

de la servidumbre del rey y de la reina para no embarazarse en el viage á Madrid, viniendo la una por Valladolid y la otra por Aranda de Duero, y el 2 de diciembre (1679) llegaron SS. MM. felizmente al palacio del Buen Retiro entre las aclamaciones del inmenso pueblo que ansioso los aguardaba. Allí permanecieron muchos dias, recibiendo frecuentes visitas de la reina madre, y los parabienes de los embajadores, grandes, y caballeros de la corte, entretenidos con comedias y divertido el rey con partidas de caza,

pues á ser gallo te inclinas,
anda siempre entre gallinas.

A dos que iban majando.

Ya no dirán que el majar
es cosa de majaderos,
pues majan dos caballeros.

A dos que marchaban de espaldas.

No es quimera esta que ves,
pues sucede, si reparas,
haber hombres de dos caras.

A una pareja con los pies hácia arriba.

En esta rara invencion
al mundo pintado ves,
pues tambien anda al revés.

A dos papagayos.

Piensan que el ser papagayo
es animal de las Indias,
y se engañan, porque hay muchos
papagayos en Castilla.

Y por este orden y de este género otros muchísimos motes.—
Relacion impresa de aquel año titulada: «*Dichas de Quintanapalla, y Glorias de Burgos,*» y publicada como gaceta extraordinaria.

hasta el 23 de enero (1680), que hicieron su entrada pública y su traslacion al palacio de Madrid, por en medio de arcos triunfales con inscripciones y versos, fachadas adornadas con variedad de gustos, comparas de gremios, coros de música, y otros vistosos aparatos. Por muchos dias duraron en Madrid las fiestas, tales y tan suntuosas, que parecia que la nacion se hallaba en el colmo de su prosperidad, y que no habia otra cosa en qué pensar sino en regocijos. Ya iremos viendo la gangrena que se ocultaba bajo estas brillantes y engañosas apariencias ⁽¹⁾.

(1) De todos estos sucesos nos informan minuciosamente las gacetas ordinarias de aquel tiempo, que salian cada ocho dias, y las muchas relaciones que se escribian y publicaban como gacetas extraordinarias, tales como las siguientes: *Descripcion de las circunstancias esenciales de lo sucedido en la augusta y célebre funcion del desposorio del Señor Rey Don Carlos II. con la Serma. Real Princesa Doña Maria Luisa de Borbon, ejecutado en el Real Sitio de Fontanabó, á 31 de este presente año de 1679: por carta de un caballero que se halló presente, escrita á otro de esta corte á 2 de setiembre.—Relacion de la salida que hizo el Excelentísimo Señor Duque de Osuna, caballero mayor de la Reina Nuestra Señora doña Maria Luisa de Borbon, de orden de S. M. etc.—Primera y segunda parte del viage de la Reina Nuestra Señora, etc.—Dichas de Quintanapalla y Glorias de Burgos, bosquejadas, etc.—Relacion compendiosa, del recibimiento y entrada triunfante de la Reina Nuestra Señora, etc., en la muy Noble, Leal, Coronada villa de Madrid. Y otras infinitas que podriamos citar.*